



N.º
6

Una farsa parisién

POR

Adolphe Menjou y Kathryn Carver

30
cts



Una farsa parisién

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Jorge Saint-Germain se hallaba tomando un "cocktail" en la terraza de un café de París. Estaba acompañado de Doumer, un capitán francés, íntimo amigo suyo.

La terraza se hallaba concurridísima. Hermosas mujeres, criaturas solitarias que iban en busca de una aventura de amor, sorbían deliciosamente sus bebidas de colores.

Algunas contemplaban a Jorge y le sonreían, procurando incitar a ese elegante "gentleman", no sólo con la mirada prometedora de sus ojos, sino con la exhibición de sus piernas de seda, mostradas hasta la rodilla en una insinuante actitud.

Pero Jorge, redomado conquistador cuyas aventuras amorosas conocía todo París, contemplaba con indiferencia a aquellas mujeres sin tener para ninguna una sonrisa particular.

—¿Qué? ¿No te gusta aquella rubia? —le dijo Doumer—. ¿Y aquella morena encantadora? ¿Y aquella de los ojos de llama?

Jorge hizo un gesto de cansancio, y como viene a un vendedor de pájaros disecados, quiso filosofar un poco.

—¿Serías capaz de distinguir uno de esos pájaros del otro? —dijo.

—No...

—A mí me pasa lo mismo con las mujeres... Para mí todas son iguales... El mismo parloteo, los mismos saltitos, el mismo plumaje...

—¡No seas cínico, Jorge!... Alguna vez se te presentará una tortolita pidiéndote un nido y no podrás negárselo.

—¡Imposible!

Pasó una vendedora de rosas y dijo a Jorge:

—¿No me compra flores para una linda señorita?

El se echó a reír.

—Si en este momento pasase la mujer más divina de París no me movería de esta silla para verla.

En aquel instante dióse Jorge cuenta de que acababa de pasar una mujer hermosísima, de las que quitan el sentido. No pudo verle la cara, pero contempdó su magnífico talle y la elegante figura de dos piernas enfundadas en una seda "cham-paña".

Levantóse prestamente, compró las flores a la vendedora y se dispuso a correr tras la hermosa desconocida.

—¡Pero Jorge, si aun no le has visto la cara! —le dijo el militar.

—Me basta con lo demás...

Y, despidiéndose de su amigo, que sonreía ante la fragilidad de Jorge, salió en persecución de la bella.

La desconocida subió a un automóvil y Jorge

alquiló un taxi, ordenando siguiera la misma ruta.

El primer automóvil llegó al hotel y la hermosa penetró rápidamente en el hall.

—¡Buenos días, madame Bergere! —le dijo el gerente.

Ella sonrió y subió al ascensor.

Y cuando Jorge entró en el hotel ya la femenina visión había desaparecido.

Madame Bergere hablaba ahora en su cuarto con Eleanor, una amiga íntima, muchacha americana que pasaba algún tiempo en París y se hospedaba en el mismo hotel.

—¿Ya de vuelta, Ivette? —le dijo Eleanor.

—Sí, chica; le prometí a mi marido que estaría de regreso a las cinco, y los maridos franceses no son tolerantes como los americanos.

—Y qué, ¿te has divertido? —le dijo su amiga, una criatura rubia, un prodigo de juventud y de soberbia hermosura.

—Vengo de un té con mi maestro de tango... ¡Qué desencanto! ¡Casado, portugués y con seis chiquillos!

—¡Sí que es un plan romántico!

—¡Figúrate!

Entre tanto, Jorge se había dirigido al "bureau" con su ramo de flores. Fué a entregarlo, pero en aquel mismo instante un caballero puso otro ramo idéntico en manos del gerente y le dijo:

—Que suban inmediatamente esto a mi esposa.

—Ahora mismo, señor Bergere.

—No se olviden.

Y el señor Bergere alejóse con gesto de perdonavidas, sin reparar en Jorge, el atildado galán.

—Dígame —exclamó Jorge mirando al geren-

te: —¿ha visto usted subir ahora mismo una dama? Iba vestida de gris... con unas líneas esculpturales... con un cuerpo que parece el de la Venus de Médicis...

—Sé a quien usted se refiere—exclamó el director, sonriendo—. Pero tenga cuidado con lo que me dice, que allí está su marido...

Y señaló a Bergere, que había cogido por las solapas a un caballero y le amenazaba rudamente.

—Ayer quiso usted obsequiar con flores a mi mujer—le decía—. La otra vez que lo intente le hago papilla.

Y para meterle más miedo en el cuerpo, tiró del puño de su bastón y le mostró un estilete.

El otro hombre alejóse balbuciendo excusas, mientras por la piel de Jorge pasaba un estremecimiento de terror.

¡Pues sí que era un maridito de los que se las traen!

Y renunció a enviar las flores a la mujer...

Sin embargo, ninguna mujer se le había resistido nunca. Esa casada incomparable no iba a ser una excepción. Aprovecharía la primera oportunidad en que el marido estuviera lejos. Y aguardó pacientemente en el hall.

* * *

Ivette y Eleanor habían bajado un momento al hall. La primera permaneció en la gran escalera mientras su amiga se acercaba al "bureau" y preguntaba si se había recibido correo de América.

Jorge no se fijó en Ivette, pero, en cambio, contempló a su sabor a la preciosa Eleanor.

¡Maravillosa rubia! El galán quedó petrificado en su sitio, mirándola con cierto arroamiento y sintiendo por ella una pasión distinta a la que experimentaba por las otras mujeres... Las demás eran como agua para su sed carnal, pero ésta parecía diferente...

También Eleanor, mientras recogía las cartas remitidas por sus amigos de América, miró a Jorge con atención.

¡Apuesto caballero! Pero como quiera que él empezaba a sonreírla e intentaba acercarse, la joven mostróse repentinamente severa y marchó a una salita contigua.

Mientras, Ivette había reconocido a Jorge. Era un antiguo amigo suyo, con quien durante algún tiempo había tenido un "flirt". ¡Y aquel hombre era el que la había seguido!... Recordaba su chquet, su chistera, su porte delgado y único...

Asustada, corrió a encerrarse en su cuarto y dijo a la camarera, con quien tenía bastante confianza:

—¡Ay, chica! ¡Mi amigo Jorge Saint-Germain ha regresado! ¡Dios socorra a los maridos de París!

Y al propio tiempo extrajo de una maleta un retrato de Jorge y lo puso sobre una mesa.

—Es un hombre delicioso!—continuó—. A pesar de que hace tres años que no nos vemos, no he podido olvidar del todo.

—¿Por qué no se casó con él la señora?

—Dijo que nos amábamos demasiado para casarnos—explicó.

Un criado entró con un ramo de flores.

—El, seguramente, me las manda—exclamó la dama con cierta emoción, demostrativa de que su fidelidad de esposa no era torre inexpugnable.

Aspiró con afrodisíaca pasión el ramo, mientras la doncella la contemplaba con pesadumbre.

Empujóse bruscamente la puerta y apareció el señor Bergere.

Ivette, al verlo, escondió el ramo de flores y se lo dió a la criada, quien desapareció con él.

—¡Tírelas a la calle! —le ordenó.

Y corrió a abrazar a su maridito, el celoso señor Bergere, quien tenía bastantes motivos para hacerle la competencia a Otelo.

—¡Ivette querida! ¿Pero no te han traído las flores?

—¿Las flores? —repitió ella estupefacta.

—¡Válgame Dios! ¿De modo que no las han subido aún? Y eso que dí tanta prisa.

Ivette comprendió. ¡Oh, amor ciego! ¿Conque aquel ramo que ella creía del irresistible Jorge procedía de las manos torpes del marido?

Palideció, pues había ordenado que lo echasen a la calle. Pero su sorpresa fué extraordinaria cuando vió aparecer a la doncella con el ramo de flores, diciendo:

—Acaban de traer estas flores para la señora...

—Ah, por fin! —suspiró el marido.

—¡Qué bonitas son! ¡Cómo me gustan!

Y miró a la criada, quien le señaló una tarjeta que llevaba, sujetando las flores, y que tenía el nombre de Bergere. Por eso ella no las arrojó, comprendiendo el equívoco.

Bergere se había acercado a la mesa y vió, sorprendido, el retrato de un caballero desconocido, junto a otro de Eleanor.

—¿Quién es ese hombre? —exclamó.

—Es el... novio de Eleanor —dijo ella, turbada, inventando la respuesta.

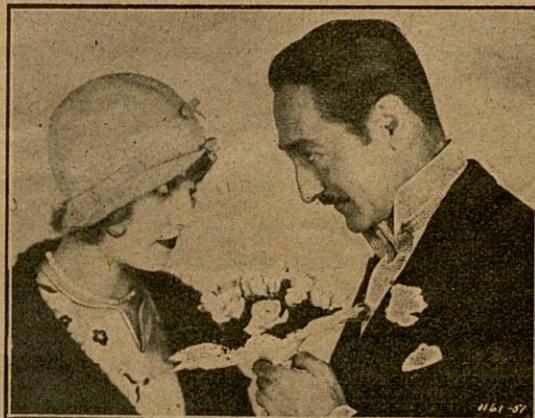
—¿El novio de Eleanor?... ¿Por qué no lo he visto nunca con ella?

—Porque... porque... está en la Mesopotamia.

—¡Ah, caramba! Tiene aspecto de Ténorio... No lo querría para íntimo mío.

—¡Qué tontería!

Entre tanto, Jorge habíase acercado varias ve-



...pretendía entregarle el ramo de flores.

ces a Eleanor, que estaba leyendo la correspondencia, y pretendía entregarle el ramo de flores.

La joven, entre enfadada y risueña por aquella persecución, había cambiado varias veces de sitio.

Por fin, fué a sentarse en un diván, al lado de un chico de unos catorce años.

Jorge entregó las flores a un criado, ordenando

las llevara a la muchacha. Esta las recibió sonriente, pero luego las regaló, nerviosamente, a su vecino.

El conquistador no se arredró y, acercándose a su nuevo ídolo, cogió un jarrón con unas flores que había sobre la mesa y se las entregó.

—¿Le gustan más éstas, señorita?

—¿Quiere hacerme el favor de no molestarme?

—¡Imposible! ¡Soy un esclavo de su belleza!

—Haga el favor!

—Me gusta escuchar su voz aunque sirva para insultarme.

—¡Qué hombre!

Levantóse exaltada y fué a telefonear. Pero Jorge corrió a una cabina, ordenando a la telefonista le pusiera en comunicación con la muchacha.

—Señorita—le dijo antes de que ella pudiera telefonear—, está usted hablando con el prefecto de policía... Aquí hay un caballero que pide que la detengan por incendiaria y por robarle el corazón y la calma...

—¡Vamos! Le conozco. ¡Usted es el importuno de marras!

—Soy el rendido admirador de sus gracias... ¿Cuántos millares de personas le han dicho a usted que es bonita? Yo quiero repetírselo ahora...

—Si insiste en importunarme seré yo quien llame a la policía.

Jorge se echó a reír y salió de la cabina. Volvió a contemplar codiciosamente la belleza de la rubia y luego se dirigió a hablar con el director del hotel.

—¿Se aloja aquí esa señora?—preguntó, sonriente.

—¡Sí, señor!

—Desearía alquilar una habitación...

El director pareció comprender y dijo, seguro de que el caballero deseaba una "aproximación":

—¿Me permite que le sugiera el número 314, que está enfrente del que ocupa la señorita?

—Su sugerencia no puede ser más sugerativa...

Mientras Jorge firmaba en la lista de viajeros, Eleanor telefoneaba a su amiga Ivette.

—Un caballero de lo más simpático me ha estado importunando, Ivette... No sé quién es, pero es enloquecedor... Baja, tomaremos el té juntas y te hablaré de él.

—De muy buena gana bajaría, pero mi marido está conmigo...

El señor Bergere, que había estado contemplando con hostilidad el retrato de Jorge, interrumpió bruscamente la conversación, apartando a su mujer del aparato. ¿Con quién hablaba? ¡Ah, el día que sospechase alguna infidelidad, iba a ocasionar varias muertes!

—¡Pero no seas necio; si es mi amiga Eleanor!

—Dame el auricular. Quiero comprobarlo.

Pero ocurrió que Eleanor había ya abandonado el aparato... Sonriente, Jorge se apoderó de él y fué a telefonear a su amigo Doumer participándole que se había instalado en aquel hotel.

Y cuando Bergere aplicó el oído al teléfono escuchó una voz varonil. Rápidamente dejó el auricular y gritó a su esposa con inaudita ferocidad:

—Hablabas con Eleanor, ¿eh? ¡Era un hombre... un hombre... con una voz muy fuerte!

—¿Qué culpa tengo yo si Eleanor está ronca?

—¡Falsa!... Voy a convencerme de la verdad.

Y, cegado por los celos, salió como un rayo

12

hacia el hall, a pesar de las protestas de Ivette, que no comprendía lo sucedido.

Jorge, una vez hubo telefoneado a Doumer, cedió el aparato a otro huésped, un sujeto muy afeminado, muy blando en el hablar.

Bergere llegó al teléfono, y al ver al almirabardo caballero, creyó se trataba del que telefoneaba a su esposa.

Lo cogió por el cuello y estuvo a punto de estrangularlo.

—¡Señor... señor!... ¡Por compasión!—suplicaba el inocente.

—¡Ah, miserable! ¡Telefonear a mi mujer!

—Se equivoca... Telephoneaba a mi casa... Tome, tome mi tarjeta.

Bergere, el terrible, leyó la cartulina:

*JAVIER PAQUINNE
Viajante de ropa interior para señoras*

Comprendió el marido su equivocación.

—¡Usted perdone, señor!... Yo creía que se trataba de un hombre...

* * *

Jorge Saint-Germain se había dirigido, entre tanto, a su habitación, situada frente a la que ocupaba Eleanor y cercana a la de Ivette.

Quería poner cerco a la rubia. Era de esos hombres capaces de cometer cualquier locura por una mujer... sin perjuicio de olvidarla luego, una vez conocida en sus más íntimos detalles... Es lo que decía él, como aquel personaje de la zarzuela: Donde está una mujer... que se quite todo...

Pero ahora le parecía que a la rubia la iba a querer un poquito más.

Ya cerca de su cuarto, vió una habitación entreabierta y en ella a aquella otra hermosa mujer que había seguido desde la terraza del café... Ahora la vió de frente y la reconoció por sus ropas.

Al acercarse a ella tuvo una grata sorpresa. Era una antigua novia.

Entró decidido, en la estancia, pues a nadie amarga un dulce.

—¡Ivette!

—¡Jorge!—exclamó ella, no menos ruborizada y recordando instantáneamente unos irresistibles besos que aquel hombre le diera años antes.

—¿Cómo te atreves a conservarte tan guapa, a pesar de no haberte visto hace tres años?

—Ya sabes que me casé.

—Sí... hiciste mal... pero eso no es óbice para que yo...

—Oh, calla... calla... demonio!

Llamaron a la puerta.

—¡Mi marido! — exclamó Ivette, asustada—; ¡Escóndete!

Y le hizo entrar en una contigua alcoba.

Ivette franqueó la entrada... Por fortuna, no era el terrible Bergere, sino Eleanor.

—Querida, no me expliques ahora nada—exclamó Ivette con voz nerviosa—. Mi marido está para llegar de un momento a otro... Y—le dijo en voz baja — tengo que echar de aquí a un antiguo pretendiente.

—¿Por qué te metes en esos líos? ¿No te basta tu marido?

—No, chica, no. Soy insaciable. Pero voy a ver si marchó mi amigo por la ventana.

Asomóse a la alcoba. Jorge estaba allí.

—¡Salga usted! —le dijo—. Si mi marido le encuentra va a estallar la revolución.

Sonriente, apareció Jorge, quien cruzó una mirada de sorpresa y estupor al ver a Eleanor. Esta no pudo reprimir tampoco un grito de asombro y, al propio tiempo, de desencanto. ¡Hombres... malditos hombres! ¿Y aun hay quien les crea? ¡Ingrato! ¡Farsante!

Iba Jorge a dar una explicación cuando apareció súbitamente el señor Bergere.

Jorge se miró a un espejo. ¡Adiós, físico! De seguro que el celoso Otelo le partía la cabeza.

Pero, con gran sorpresa suya, Bergere avanzó hacia él y, reconociéndole como al joven del retrato, exclamó:

—¿Usted aquí? ¡Hombre! ¿Conque acaba usted de regresar de Mesopotamia?

—¿Yo? ¿De Meso... de Mesopotamia?... ¡Ah, sí!...

Y no salía de su estupor al verse procedente de un país que nunca tuvo intención de conocer... ni cuando estudiaba geografía.

Pero Ivette le hizo una seña y Jorge comprendió... Todo era una combinación. ¡Adelante con los faroles!

—Vino usted a ver a su novia, ¿eh? —siguió diciendo Bergere.

Y señaló a Eleanor, quien, no menos estupefacta, no tuvo palabras para iniciar una protesta ante el equívoco.

—Eleanor es el colmo de la timidez... ¿Serías tú capaz de adivinar que ella y Jorge están comprometidos? —dijo Ivette.

—Pero... ¿yo? —exclamó la solterita.

Jorge se adaptaba perfectamente a las circuns-

tancias. Comprendiendo que Ivette había realizado aquella farsa para salvarse del compromiso, dirigióse tranquilamente hacia Eleanor y, como esa criatura le gustaba, no tuvo inconveniente en poner sus manos sobre ella y darla un besito en la boca.

Bergere se echó a reír, y como viese que la cosa tomaba un rumbo que tal vez se acercara al vodevil, optó por besar también a su mujercita y alejarse con ella a la contigua habitación.

Apenas el matrimonio entró en la alcoba, se oyó un rumor seco, vibrante, que hizo reír a Bergere.

—¡Qué ósculo! ¡Son apasionados los niños! —comentó.

Pero el tal no era más que una solemne bofetada que Eleanor acababa de dar a Jorge al intentar éste repetir su anterior hazaña.

—¡No sé cómo calificarle a usted! —dijo Eleanor, furiosa—. ¡Atrevido! ¡Mal hombre!

—Pero, señorita...

—¡Se va usted o pido socorro!...

Ante su excitación, Jorge optó por salir.

Instantes después, Ivette, dejando a su marido, corría al encuentro de su amiga:

—Si no finges que eres la novia de Jorge, Bergere conocerá la verdad... y mi vida correrá peligro.

Eleanor, no queriendo confesar su desencanto, nada dijo y salió.

En el corredor, al ir a entrar en su cuarto, vió a Jorge ante la puerta de la habitación de enfrente.

—Me he trasladado aquí para velar por usted, adorada —le dijo Jorge.

Pero ella volvió a repetir:

—¡Mal hombre!

Y, tomando una rápida determinación, bajó al hall y ordenó que le hicieran la cuenta porque cambiaba de hotel. Luego escribió una carta a Ivette despidiéndose, pues iba a emprender un viaje.

Media hora después, Jorge se dirigió al hall, preguntando por Eleanor.

—Se va del hotel—le dijo un conserje—. Se han llevado ya su equipaje.

—¿Adónde?

—La señorita no ha querido decirlo.

—¿Y ella está aún aquí?

—Creo que sí, señor.

La vió salir en aquel momento. Decidido a todo, entró en un taxi y ordenó al chofer se pusiera junto a la puerta principal. Estaba convencido de que Eleanor tomaría un coche.

Ella salió y llamó al taxi que estaba más cerca.

Abrió la portezuela y, al ver dentro a Jorge, volvió a cerrar, diciendo despectivamente al portero:

—¿Quiere usted llamar a otro taxi? En ése hay un "insecto".

Y, momentos después, subía a otro coche, que pronto se perdía en la vorágine inmensa de París. Pero Jorge ordenó al suyo siguiera detrás de él, dispuesto a alcanzarle, aunque fuera al fin del mundo.

Mas cuando a un hombre comienzan a salirle las cosas mal tropieza hasta con su propia sombra. Esta vez quien dió el tropezón de marras fué el taxi de Jorge, que vino a chocar con otro carroaje de alquiler. Los conductores se pusieron como nuevos con sus correspondientes insul-

tos... y el resultado de la riña fué... que se perdiera la pista de Eleanor, teniendo Jorge que regresar, cabizbajo y meditabundo, al hotel.

Ya en él, preguntó al gerente si la señorita Eleanor había dejado sus señas.

No supieron darle razón... Y una gran melancolía invadió a Jorge. Era preciso encontrar a esa mujer... Como ella no había ninguna... Ni siquiera aquella Ivette, tan fácil y amable...

En el hall, Jorge encontró al capitán Doumer.

—La vida no tiene ningún atractivo para mí —le dijo tristemente—. París es un camposanto... Mi dulce ilusión ha volado...

—¿Por qué te apuras? —le respondió burlonamente el militar—. ¿Acaso no son todas lo mismo? El mismo parloteo, los mismos saltitos, el mismo plumaje...

—No seas cínico, Doumer.

—Son palabras tuyas...

—Yo encontraré a Eleanor. Haré que vigilen las fronteras... Mandaré registrar todos los buques donde viaje una mujer rubia...

Y hablaba con una exaltación de cadete a quien salió mal su primera aventura de amor.

* * *

Eleanor visitó varias ciudades de Francia, agitada por una extraña melancolía. Por primera vez, su alma experimentaba las torturas del amor que la realidad hace imposible... Tenía clavada en la imaginación la figura de Jorge; pero, a pesar de todo, se sentía furiosa por aquel engaño, por aquella traición.

Un día llegó a una ciudad veraniega. Instalóse en el hotel Des Colombe.

Le dieron unas hermosas habitaciones.

—¿Está conforme la señorita con ellas? —le dijo una camarera.

—Sí... son muy bonitas... pero, ¡qué más me da!

Por la noche dirigióse al restorán. Estaba lleno de gentes. Unas parejas bailaban en el centro a los acordes de un tango.

—Si la señorita desea cenar sola le serviremos la cena en la terraza —le dijo un camarero, sumamente amable.

—Sí... sí... mejor.

Entró en una elegante terraza, perfumada por numerosas flores. En un rincón unos músicos tocaban una tonada sentimental.

—¿Qué melodía es la que están tocando? —preguntó.

—Se llama "Perdóname" —le respondió el camarero.

Luego la joven escogió unos cuantos platos del "menú" y fué a sentarse a una de las mesas en cuyo centro había una monumental "corbeille" de flores. El ambiente era tibio, todo convidaba al amor. Junto a un estanque cercano, una pareja se cambiaba ardientes besos... La naturaleza parecía vivir una gran hora de amor. Un tenor cantaba una canción:

Perdóname, bien mío, tú eres mi único amor...

Eleanor pensó en su pasión y se sintió nerviosa, inquieta... Y he ahí que, de pronto, movióse el gran ramo de flores y apareció detrás de él Jorge Saint-Germain.

La joven dió un grito de sorpresa y se levantó.

—¡Usted! —dijo enfadada.

—Perdóname por haberla seguido hasta aquí

—repuso él, sonriente... He venido a decirle que la amo...

—¡Oh, calle... calle!...

Pero estaba turbada, pues aquella música y aquel canto del tenor se le entraban en el corazón, haciéndola enternecer!

Deseosa de librarse de aquel ambiente, avanzó hacia los músicos y les dijo:

—¿Me quieren hacer el favor de tocar otra cosa? Siempre la misma música es para volverla a una loca.

—Nos han pagado para que toquemos el "Perdóname" toda la noche.

—¿Quién les pagó?

—El señor Jorge Saint-Germain nos prometió cincuenta francos a cada uno.

La joven comprendió la comedia sentimental. Avanzó de nuevo hacia Jorge y, mirándole severamente, le dijo:

—¡Farsante!

—¡Señorita! La he seguido hasta aquí, y como quería reconciliarme...

—¡Bonito escenario ha creado usted! ¿Cuántas veces ha desempeñado usted la misma comedia? Pero si otras veces le salió bien, esta noche se ha llevado un chasco.

—¿No comprende que yo he cambiado, Eleanor? Usted es mi primer amor y mi último...

—No puedo creerlo... después de lo de Ivette.

—Pero...

—¡Sí, lo sé... lo sé!... Usted e Ivette... son amantes.

—¡No!... Le juro que no, Eleanor... Regrese usted a París... Hállese en mis habitaciones mañana a las once de la noche y le probaré que se engaña.

Volvía a oírse la música. Los dos escucharon con cierto arroamiento la divina melodía. Pero Eleanor acabó por decir:

—¡No, no puedo creerle! ¡Es usted demasiado farsante!



—¡No, no puedo creerle!

Y abandonó la terraza, dejando a Jorge pleno de incertidumbre... La legión de músicos cayó sobre él, así como el camarero. Para todos tenía Jorge que repartir billetes, pues le habían ayudado a realizar aquella farsa romántica, cuyo éxito era muy relativo.

* * *

Jorge había vuelto a París, al hotel, confiando en que aquella noche la seductora Eleanor iría a su habitación y se convencería de que sus sospechas estaban desprovistas de fundamento.

Había rechazado varias conquistas en ciernes que se pusieron a su alcance. Para matar el tiempo, leyó varias cartas de amor de antiguas enamoradas suyas y fué rompiendo esos escritos, deseoso de borrar todo recuerdo de su vida de conquistador.

¡Y, sin embargo, habían sido tan incitantes aquellas mujeres! Cada una le traía un recuerdo especial... De aquella, el gusto asiático de la boca de fuego; de la otra, la suavidad espumosa de las ropas interiores agitándose entre el cosquilleo de las risas; de otra, una mirada de incommensurable ardor, ojos de un cuerpo de pecado.

Todos esos recuerdos voluptuosos palidecían ahora ante el recuerdo más puro y delicado de Eleanor.

—Ella vendrá—se decía—, porque el corazón, que nunca engaña, le dice que la amo.

Se hallaba sumido en tales meditaciones, cuando llamaron suavemente a la puerta.

Corrió a abrir.

Era Eleanor.

—¡Oh, pase... pase!...

—He venido únicamente a decirle que no me espere—respondió.

—Usted ya no se va de aquí... Va a venir Ivette de un momento a otro. Es necesario que usted

la oiga para que se convenza de lo infundado de su suposición.

—Pero...

Llamaron de nuevo a la puerta.



—He venido únicamente a decirle que no me espere.

—Debe ser Ivette... Hágame el favor, Eleanor, entre ahí. Quiero que escuche todo lo que aquí se dice.

Eleanor estaba realmente enamorada de Jorge

y deseaba convencerse de que no eran verdad sus sospechas.

Para ello había vuelto a París, aunque no sabía si permanecer o no en el cuarto. Pero tanto insistió Jorge, que ella acabó por entrar en la habitación contigua.

Volvieron a insistir en la llamada y Jorge se apresuró a franquear la puerta. Era Ivette.

Venía preciosa, muy descotada, con un vestido que moldeaba su carne escultural.

—¿No me has llamado, Jorge? —le dijo con una voz que parecía un suspiro—. Aquí me tienes tal cual soy hoy y tal como fuí cuando nos conocimos.

Y dejó sobre una silla un abrigo de seda negro que llevaba al brazo.

Ignoraba ella por completo que Eleanor estuviera allá cerca y creía que la llamada de Jorge no era otra cosa que un deseo de reanudar anteriores "flirts".

Y como Ivette se sentía profundamente enamorada de Jorge, olvidaba el pequeño detalle de hallarse casada y se presentaba ante su amigo dispuesta a deslumbrar a éste con el esplendor de sus gracias cálidas y de sus curvas envidiables.

Iba elegantísima. Se había puesto un vestido blanco, que acababa de estrenar, y que su marido no había visto aún.

—¡Ay, Jorge! ¡Quién pudiera volver a nuestros buenos tiempos! Fuí una tonta casándome.

—¿No eres feliz con tu marido?

—¿Feliz después de haberte conocido a ti?

Y fué a estrecharle entre sus brazos, pero Jorge, aturdido, se apartó discretamente de ellos, aunque le hirió el olfato un perfume de carne joven.

¡Vaya cuerpo el de Ivette! Y allá cerca estaba Eleanor, que debería estar echando chispas.

Era preciso evitar que aquello continuara por tal camino, pues Jorge temía que si Ivette le daba otro abrazo, a pesar de toda su buena voluntad, no podría contener su impulso varonil... y la cosa acabaría...

—Hemos de hablar seriamente, Ivette...

—Tú dirás...

Y sus labios entreabiertos, muy cerca de los de él, le enviaban una corriente de aire perfumado.

Eleanor escuchaba, celosa, junto a la puerta de la habitación contigua y crispaba las manos con indignación.

¿Qué significaba aquella escena de insinuaciones? ¿Para eso la había hecho entrar en aquel cuarto? Ella no admitía burlas y si las cosas se agravaban iba a dar un escándalo...

¡Parecía mentira aquella Ivette... olvidar de tal modo sus deberes de casada!

—Ivette—dijo Jorge, aparentando serenidad—, quiero que sepas que la mujer que amo está en esa habitación.

—Pero...

—No lo digas a nadie... Esa muchacha que está ahí será la única mujer con quien me casaré. Desde hoy quiero llevar una vida modelo.

—¡Ingrato! No puedo creer eso... No puedo creerlo... Los hombres no tenéis corazón...

—No sé qué decirte.

—Pero me dejarás sin darme un beso?

Y, apasionadamente, le estrechó entre sus brazos y su boca anhelante de mujer frívola y sensual mordió en los labios del conquistador...

Este sintió la intensidad de aquel beso... y besó también, olvidándolo todo en aquel instante.

Eleanor había sentido el chasquido del beso y apareció indignada en la habitación.

Al verla, Ivette y Jorge se separaron, sorprendidos, y el último corrió turbado al encuentro de su amiga rubia.

—Eleanor, déjeme explicarle... Yo no tuve la culpa... Sólo es a usted a quien amo.

—No se excuse. Me hizo usted venir aquí para humillarme, ¿no es verdad?

—No... no... Debe saber...

Pero Eleanor volvió a meterse en la alcoba, a fin de marchar por otra puerta de escape que daba a un escondido corredor. No quería que nadie la viese salir de la puerta principal del cuarto de Jorge.

Cuando iba a marchar, sintió nuevas voces en el cuarto contiguo y escuchó.

En aquel momento había entrado en la habitación de Jorge el señor Bergere. La puerta estaba entreabierta y no tuvo más que empujarla.

Dándose cuenta del peligro que corría, Jorge cubrió con su cuerpo el de Ivette y murmuró a su oído:

—¡Tu marido! ¡Desmáyate y no recobres el conocimiento hasta que te avise!

Ella, pálida de emoción, dejóse caer en un diván, y Jorge desplegó un periódico ante los ojos de ella y comenzó a abanicarla, impidiendo que se le viera la cara.

—¡Hola, Jorge!—dijo Bergere—. Me acabo de enterar de su vuelta. Pero, ¿quién es?—dijo, señalando a la mujer cuyo rostro estaba totalmente oculto por el diario.

—Es Eleanor... Se ha desmayado...

—¿Eleanor? No sabía que hubiera vuelto ya... Llévela a otra habitación y suéltela un poco la ropa.

—¡Sí... sí!...

Iba a levantarla, siguiéndole cubriendo el ros-



—Llévela a otra habitación y suéltela un poco la ropa.

tro con el diario, cuando Bergere le dijo:

—¡Deme esa chica!... Un casado entiende más de esas cosas que un soltero... Yo la atenderé.

—¡No... no!—respondió, pálido de temor, ante la idea de que pudiera descubrir a su mujer—.

Será mejor que llamemos a un médico... Voy a ponerla ahora en la cama.

Y levantó a la supuesta desvanecida, siempre procurando que no se le viera el rostro. Ivette temblaba bajo el periódico... Si Bergere la veía, podían ella y Jorge cantar en seguida a dúo el "Adiós a la vida".

Al alzar a Ivette quedaron al descubierto las piernas, verdaderas columnas de carne, estupendamente modeladas.

El señor Bergere sonrió.

—¡Caramba!—dijo—. No me había fijado nunca en lo hermosas que son las pantorrillas de Eleanor.

—¡Admirables!

Y con su dulce carga entró en la contigua habitación. Eleanor lo había escuchado todo.

—¡Miserables!—dijo.

—¡Calla... por Dios!... ¡Eleanor, no me comprometas!—murmuró Ivette.

Jorge cerró la alcoba y volvió a penetrar en la habitación donde estaba Bergere.

Pero éste tenía el ceño arrugado y contemplaba ahora el abrigo de Ivette sobre una silla.

—¡Demonio! ¡Se la estarían dando con queso?

Al ver a Jorge, le dijo, amenazador:

—Señor mío, ¿qué hace aquí el abrigo de mi mujer?

—¡El abrigo? ¡Oh, no comprendo!

Las dos mujeres escuchaban anhelantes en la alcoba. Temblaban. Ivette contempló a su amiga con dolor. Todo estaba descubierto. Su esposo iba a conocer la verdad. Por el corazón de Eleanor pasó una ráfaga extraña: el amor que sentía por Jorge pudo más que los celos...

Y rápidamente salió de la alcoba por la puerta de escape y entró en la habitación de Jorge por la puerta del corredor.

Apareció en el instante en que Bergere repetía en tono amenazador:

—¿Cómo está en su cuarto el abrigo de mi esposa, miserable?

Eleanor, bella y noble en su sacrificio, avanzó hacia ellos y, tomando el abrigo, dijo:

—He vuelto por el abrigo de Ivette...

—¡Usted!

Bergere no salía de su asombro al contemplar a Eleanor con un traje gris, completamente distinto del que llevaba la desmayada novia de Jorge. Señor, ¿qué significaba todo aquello?

¿Quién era entonces la otra mujer que estaba en la alcoba? ¿Ivette?

Pero Ivette apareció en la habitación por la puerta principal. Acababa de cambiarse rápidamente de traje y llevaba ahora un vestido negro.

—He oído la voz de mi marido y me he permitido entrar...—dijo.

—¡Ivette!—repuso Bergere, suspirando al ver que tampoco iba ella con el traje blanco.

—¡Ah, a propósito!—advirtió Eleanor serenamente—. Cuando te vine a ver esta tarde me llevé involuntariamente tu abrigo, Ivette... Ahora iba a devolvértelo.

—¡Ah, sí... ya había notado su falta!... ¡Gracias... muchas gracias!—suspiró la casada, viéndose salvada por su amiga.

El señor Bergere estaba contento. Las breves dudas que pudo tener quedaban desvanecidas.

Pero, ¿quién era, entonces, la muchacha desvanecida?

Acercóse a Jorge y le murmuró al oído:

—No pierde usted el tiempo, querido. La mujer desmayada es otra conquista suya, ¿no?

—Eso mismo.

—Pues...—le susurró—algún día tendré el placer de besar a la dueña de aquellas pantorrillas.

—Tendrá que pedirle permiso a su mujer—respondió, sonriendo.



Para siempre el amor les unió...

Bergere cogió por un brazo a Ivette y ambos desaparecieron alegramente. Ivette fué antes a estrechar la mano de Eleanor y le prometió en voz baja que no molestaría más a Jorge y que nada debía temer, pues Jorge y ella no eran más que simples amigos.

El gesto de Eleanor al salvarla de aquel com-

promiso era correspondido por ella renunciando a su pasión ilegítima. Que se quedasen en paz, pues ella procuraría olvidar a Jorge.

Y cuando Eleanor y Jorge quedaron solos, él la dijo con voz apasionada:

—Es usted admirable, Eleanor... ¿Por qué mintió por mí? ¿Por qué me libró del compromiso?

—No lo entiendo—repuso ella gravemente—. Y esto es lo que yo desearía saber...

—Se lo diré a usted, querida Eleanor... Porque usted me quiere... como yo la quiero a usted... Le juro que Ivette es para mí totalmente indiferente... Sólo usted vive en mi vida, sólo tú.

—¿No me engañas, Jorge?

—¡No, no... sólo tú... sólo tú... has hecho de mí un hombre nuevo... un hombre para una sola mujer!... Desde ahora odio todas las aventuras. Vales más tú que todas ellas.

Y se enlazaron en estrecho abrazo... Para siempre el amor los unió y la marcha nupcial fué la sinfonía mágica que escucharon en lo sucesivo.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

A nuestros lectores

A fin de que los señores vendedores que no han aceptado el aumento de contribución para tener derecho a ofrecer publicaciones de precio superior a **una peseta**, no se vean obligados a privar a sus clientes de las acreditadas **Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica EDICIONES BISTAGNE** ha decidido rebajar el precio de dicha publicación, de **Una peseta** cincuenta a

UNA PESETA,

sin variación en el formato ni en el texto.

Y no dudamos que esta notable concesión al público nos será compensada con la mayor difusión de estas **Ediciones Especiales**, que seguirán publicando los mejores asuntos de la presente temporada.

En preparación:

La melodía del amor

por
Lupe Vélez, Jetta Goudal y William Boyd

Precio: UNA PESETA

16 ilustraciones fotográficas en papel couché

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

No se olvide de

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Le interesa **La Novela de la Modistilla**
30 cts.

PIDA EN CUALQUIER QUIOSCO:

Plastic Films

Beldades de la pantalla en «poses» de arte
CADA FOTOGRAFIA, UN CUADRO

Precio: 1 PESETA

MENJOU

A Gentleman of Paris (Uno
scapolo a Parigi) de Harry

Abbâbie d'ARRAST con Alceo
Marchal (del romanzo)

Bellamy the Magnificent de
Roy Harriman

Serenade - de id. con Kathryn
Carver

E
B